

LA MEMORIA INCIVIL

La novena legislatura de la democracia ha echado a andar con un mutuo ofrecimiento de consenso entre los dos grandes partidos, PSOE y PP, sobre los asuntos claves del Estado. Ambos han apuntado a la necesidad de establecer puntos de encuentros en torno a cuestiones como el terrorismo y el modelo territorial, la Justicia y la política exterior. Son, qué duda cabe, algunas de las cuestiones clave en las que nos jugamos la supervivencia de la España de las libertades.

Pero falta una materia en la que, sin un acuerdo básico entre PSOE y PP, el régimen constitucional estará definitivamente sentenciado: un acuerdo sobre el pasado sin trampa ni cartón. Un pacto para desterrar definitivamente la Guerra Civil del espacio político y para guardar en el baúl, de una vez para siempre, todas las herrumbrosas lanzas y preservar una piedad compartida por las víctimas de un bando u otro, y aun por los que no pertenecieron a ninguno de ellos, que fueron la inmensa mayoría.

Ningún acuerdo sobre los retos de la España del siglo XXI podrá ser realmente efectivo si no se aquilata la voluntad de asumir de nuevo la lección de la Guerra Civil como un fracaso colectivo. Y para ello es necesario acordar que la equiparación de los actuales registros políticos a los de aquel fracaso supone un ejercicio altamente nocivo para la actual convivencia democrática, por más que la izquierda haya visto en el conflicto de hace se-

Pedro Corral es periodista y escritor. Es autor de los ensayos *Si me quieres escribir* y *Desertores. La Guerra Civil que nadie quiere contar*

tenta años una fuente de legitimidad para instaurar su hegemonía política, cultural y social.

El advenimiento de la “memoria histórica”, que se produce en cuanto el PSOE pierde el poder después de catorce años de gobierno, responde sin duda a la necesidad imperiosa de la izquierda por rearmar su pretendida superioridad moral frente a un centro-derecha vencedor de las elecciones de 1996. El colapso del “socialismo real” había dejado seco el manantial de legitimidad que proporcionaban a la izquierda las utopías igualitarias, al tiempo que Felipe González iba quemando sus últimos galeones ante una sociedad española profundamente desengañada por el “cambio”.

Basta acudir a los diarios de sesiones del Congreso de los Diputados para advertir cómo entre 1996 y 2004, con Aznar en el Gobierno, se produce una imparable erupción de iniciativas de “memoria histórica” de los grupos parlamentarios de izquierda y nacionalistas. Si se repasan los mismos diarios entre 1982 y 1996, bajo el poder socialista, la suma de estas iniciativas apenas excedieron de los dedos de las manos. Además, entonces fueron apoyadas por los diferentes grupos parlamentarios, lo que rara vez ha ocurrido desde 1996, incluso con la llamada Ley de Memoria Histórica, cuyos partidarios se han peleado entre sí a cuento de sus diferentes criterios sobre la reclamación al Rey para que pida perdón por el franquismo o la revisión de los juicios de la dictadura.

Es evidente que los Gobiernos del PSOE ignoraron durante catorce años las fosas de las víctimas de la Guerra Civil y la Dictadura, aunque ningún socialista haya perdido perdón por el “olvido” y el “silencio”, según se dice ahora, al que “condenaron” a estas víctimas bajo su anterior etapa de poder. Ni tan siquiera Rodríguez Zapatero, aposentado en su escaño desde 1986, se permitió defender entonces una sola iniciativa que sacara del ostracismo a su añorado abuelo, el capitán Lozano.

La figura del capitán Lozano se alza precisamente –con su dramatismo innegable pero en nada superior al de tantas decenas de miles de fusilados y “paseados” en ambas retaguardias– como un paradigma de la confusión entre memoria personal y realidad histórica sobre la que pivota toda la re-

visión maniquea de nuestro trágico pasado. La admiración que las generaciones presentes podamos sentir por las figuras familiares que protagonizaron o padecieron la contienda, y aún más por la de aquellos aún desaparecidos en las fosas de retaguardia o de los campos de batalla, nunca debería cegarnos a la hora de aproximarnos a aquellos hechos históricos. Mucho más cuando esta admiración es proclive a eliminar las propias contradicciones humanas en las que se enmarca la experiencia de nuestros ancestros para situarlos, a ellos y a su tiempo, en el plano de las mitologías incuestionables.

Así, por volver al caso del capitán Lozano, su historial como ayudante de uno de los jefes militares que envió Franco para sofocar a sangre y fuego la revolución de los mineros socialistas de Asturias en 1934, no fue obstáculo para que su nieto enmarcara su emotivo testamento –“un ansia infinita de paz, el amor al bien y el mejoramiento social de los humildes”– como frontispicio de la anterior legislatura gobernada por el PSOE. Nada que objetar a esta prueba de afecto y lealtad al ancestro en un momento tan solemne como el debate de investidura, pero es lícito señalar que representa un caso de libro en el que la memoria personal es capaz de convertir la Historia en una “tabula rasa” sobre la que reescribir de principio a fin una versión que haga sentirnos más cómodos, tanto desde el punto de vista ideológico como personal, ante determinados hechos pretéritos.

Esta es, en esencia, la trampa orwelliana de la “memoria histórica”: garantizarse el poder del presente y el futuro gracias a la manipulación emocional del pasado, cancelando cuanto de siniestro y cruento protagonizaron las izquierdas y edulcorando su papel, hasta extremos letales para diabéticos, en el fracaso del proyecto republicano y el conflicto civil posterior.

La manipulación subjetiva de los hechos históricos no es el único riesgo de esta aproximación emocional al pasado. Existe otro peligro, y aún mayor. La “memoria histórica” busca lograr en el fondo una sincronía virtual entre nuestra época y la de hace setenta años. Éste ha sido, sin lugar a dudas, uno de los hallazgos decisivos de la estrategia de la “memoria histórica”. Y lo ha sido por su potencialidad política, ya que ha permitido a la izquierda y a los nacionalistas repartir sin complejos los papeles que co-

rrespondería a cada partido del actual arco parlamentario en esta nueva revivificación, idealizada hasta el paroxismo por lo que al rol histórico de la izquierda se refiere, de la tragedia del 36.

Así, el PSOE y sus socios se han endosado sin pudor el mono de los milicianos, e incluso algunos de sus dirigentes han podido echar mano del reciclaje de otras antiguas prendas conservadas en sus familias, una vez descosidos previamente yugos y flechas. Al PP, remiso desde el principio a participar en esta revisitación de la tragedia en aras de la concordia y la reconciliación, le endosaron sin quererlo los uniformes y el correaje de los facciosos como aquel alumno que llega tarde al ensayo de la representación de la Pasión y se le fuerza a hacer de Judas, el malo de la película. Tanto es así que cuando el PP presentó una enmienda a la Ley de Memoria Histórica para aumentar la indemnización percibida por los que habían sufrido cárcel en el franquismo, el Gobierno y sus socios no dudaron en rechazar la mejora de esta indemnización para los veteranos antifranquistas sólo porque la pedía el que ellos consideraban el “malo” de la historia.

Las recreaciones que de la Guerra Civil se han sucedido en los últimos tiempos como exaltación del bando frentepopulista, y no sólo en la política, sino también en el cine y la literatura, han brillado con carácter general por su simplismo, maniqueísmo e ignorancia histórica a partes iguales. Como el acuerdo del Ayuntamiento de Cáceres para quitar la calle dedicada a los “últimos de Filipinas” por considerarla un topónimo franquista. Y ello sin que la mayoría de los doctores de la Historia, propios y foráneos, salvo honrosas excepciones como la de Stanley G. Payne, hayan dicho esta boca es mía, limitándose a asentir ante ejercicios políticos, literarios y cinematográficos tan grotescos como presentar a las milicias revolucionarias del 36, dignas antecesoras del “jemer rojo” en algunos casos, como paladines de la libertad y la democracia.

Y es que para vender la Segunda República como el espejo en el que todos debemos mirarnos hoy, la izquierda necesita reescribir o mutilar la realidad objetiva: sólo cuentan las buenas intenciones de aquel régimen, como si éstas lo justificaran todo, incluido la masacre de campesinos en Casas Viejas o el asesinato del líder de la oposición por agentes a sueldo del Gobierno.

Pero por muchas buenas intenciones que empedraran el camino al infierno del 36, ha quedado demostrado que la República y la Guerra Civil son el epígono trágico y sangriento del siglo XIX español. Un siglo convulso de revolucionarios, caciques, espadones, meapilas, visionarios, pistoleros y carcas, cuyos males terminaron por gangrenarse a causa de la contaminación ideológica procedente de Europa, fracturada entre el fascismo y el comunismo, los grandes seísmos totalitarios de la pasada centuria.

Que en la España republicana surgiera una generación como la de García Lorca o Severo Ochoa, es la demostración palpable de que el progreso cultural y científico de una elite no era suficiente para detener la imparable descomposición política y social del país. Tampoco lo fue para resolver los problemas de la masa trabajadora, cuyos partidos y sindicatos abominaban de la República burguesa tanto como de la democracia liberal, pese a que hoy se nos intente convencer de lo contrario.

Ya es la hora de asumir con claridad, más allá de las devociones por nuestros ancestros, que las dos Españas del 36 serían por igual enemigas a muerte de la España de nuestros días. Si antes me refería a la sincronía virtual que la “memoria histórica” es capaz de establecer entre aquella época y la nuestra, era precisamente para dar un paso más allá y persuadir a los artífices de esta “máquina del tiempo” de las consecuencias de su invento: si trasladáramos a un español medio de 2008, con teléfono móvil incluido, a aquel infernal 18 de julio del 36 y a los sangrientos meses que le sucedieron, le sería muy difícil sobrevivir al terror de cualquiera de las dos retaguardias.

Para que se entienda mejor: metidos en ese mismo viaje a través del tiempo al que pretenden llevar a la sociedad española, lo más seguro es que las actuales figuras del PSOE, y por extensión de toda la izquierda política, cultural y sindical, correrían el riesgo serio de acabar en una fosa de Paracuellos. Las milicias que hoy tanto ensalzan les considerarían sin pestañear “enemigos del pueblo” o “quintacolumnistas”: por tener dos o más coches, por ser propietarios de dos residencias, por emplear servicio doméstico, por permitir que la banca tenga multimillonarias ganancias, por bailarle el agua a los grandes empresarios, por dar el cabezazo ante el Rey o por asumir la financiación de la Iglesia. De la misma forma que los diri-

gentes del PP tendrían muchas dificultades para librarse del perdón ante los sublevados por defender la democracia liberal, el pluralismo político, la separación Iglesia-Estado o la España de las autonomías.

Es necesario que los españoles tomemos conciencia definitivamente de que el choque de las dos Españas, y me refiero a la de 1936 contra la de 2008, sería aún más brutal que el de las dos Españas que se hicieron la guerra hace setenta años. Éste debía haber sido hace mucho tiempo el mensaje pedagógico que la democracia española tendría que haber difundido a las nuevas generaciones. En vez de eso, se ha apostado por resucitar todos los tics de la propaganda del régimen de Franco, pero al revés: cambiando las etiquetas de “buenos” y “malos”, sustituyendo unas camisas viejas por otras y suplantando el martirologio franquista por un nuevo martirologio republicano que niega, como el anterior, sus propios desmanes.

Asumir objetivamente que la España de hoy habría sido víctima de ambos bandos de la Guerra Civil supone dejar en evidencia la estrategia de quienes intentan convencernos de que nuestra democracia es deudora de aquella época catastrófica. ¿Qué legitimidad pueden encontrar la izquierda y los nacionalistas en aquella lucha a garrotazos que representó la política en la España colérica de los años 30? ¿Acaso la de creerse en el derecho de blandir otra vez el garrote para intimidar a sus contrarios? Si la República fracasó fue precisamente porque cada facción determinó que la contraria no tenía derecho a existir, lo que tuvo también su cruenta traducción en las luchas intestinas del propio bando republicano. ¿Estamos seguros de que es éste el modelo ideal para la España de 2008?

Si estamos de acuerdo en que no puede serlo, paremos pues, entre todos, esta “máquina del tiempo” que, como el invento de un científico loco, está ya fuera de control y cuyos efectos impredecibles empiezan ya a mostrarse cuando los españoles identifican al otro como enemigo político antes que como persona, como sucedió trágicamente hace setenta años. Y enterremos a los muertos, a todos los muertos, con la dignidad que merecen. Honremos a unos y a otros como españoles que son. Y empecemos a recordar a nuestros abuelos para convencernos solamente de que su pasado es el mayor enemigo del futuro que queremos para nuestros nietos.